¡Madre mía!

Monólogo trágico, en un acto y en prosa, original de

Tomás García Herburu

Madrid, Julio de 1915



IMPRENTA DE LA COOPERATIVA TIPOGRAFICA DE PRODUCCION DE LA AGRUPACION DE OBREROS CATOLICOS
JUANELO, 12 Y 14.—MADRID

¡MADRE MIA!

PERSONAJES

Juan (25 años) .... *Sr. García.*

La acción se desarrolla en Madrid.

Epoca actual.

Derecha e izquierda, la del actor.

A MI MADRE

¿A quién, si no a ti, corresponde consagrar este humilde rasgo literario?

Quien como tú consolastes mis tristezas y aumentastes mis alegrías, justo es que te dedique yo esta, quizá la mayor, en testimonio de cariño y gratitud; tu hijo

TOMAS

ACTO ÚNICO

Interior de una bohardilla, humilde hogar de un obrero, en la cual habrá dos o tres sillas deterioradas. Una mesita de pino en el foro derecha; en el mismo sitio, y en la pared, un cuadro con una imagen pintada y con una lamparilla; la débil luz de esta ilumina la escena. Puertas laterales, y al foro de la puerta de primer término izquierda, vese un macilento resplandor de bujía. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

Aparece esta unos segundos solitaria; a poco entra Juan, que vestirá una chaquetilla muy usada, azul. Un pantalón de pana del mismo uso, alpargatas y boina. Al entrar no cesa de mirar atrás, como poseído de manía persecutoria. Una vez en el centro de la escena, va al foro y cierra la puerta de este; después deja la boina sobre la mesa, déjase caer pesadamente en una silla cerca de la mesa, y esclama como saliendo de una situación pesarosa:

¡Va! Estoy bien convencido que nadie ha podido espiarme, pues hubiera advertido que seguían mis pasos, por mucho que quisieran ocultarse. *Saca un pan de debajo de la chaquetilla, lo deja encima de la mesa y exclama con desaliento:* ¡Dios mío, a lo que obliga el hambre! ¡Pobre madre mía! Seis meses llevo sin trabajo y ella dos a medio comer. ¡Qué grande eres, mundo, y qué mal repartido estás! En lo que unos disfrutan todos los placeres que en ti existen, otros padecen los sinsabores más ocultos que en tu seno guardas. ¿Por qué no atiendes a todos iguales?

¿Hay en esto razón? Yo estoy en que no; y si no existe, ¿a qué se soporta? Pues qué ¿no hay más que condenar a un hombre a morirse de hambre en el quicio de una puerta porque se halle enfermo o sin trabajo? *(Transición)*. Dejémonos de divagar y vamos a lo que importa. ¡Madre de mi alma, ya tienes pan: no me preguntes cómo, pues al saberlo morirías de dolor, como yo pienso morir de vergüenza! Pero qué había de hacer?: desde ayer se agotaron los pocos recursos que obtuvimos al malvender los muebles, estás sin probar bocado y falta de medicinas... ¿Me habrán observado? Pregunto a mi conciencia, y esta, con voz severa, me grita: ¡Sí! Son pensamientos, aunque vanos, crueles, que se agolpan a la imaginación de toda persona qne no ha manchado sus manos mas que con el material de su oficio y que por

causa de no poder encontrar un alma caritativa que le ofrezca trabajo... *(Con sarcasmo.)* ¡Caridad el trabajo! *(Volviendo al tono anterior)* se ve obligado a sacrificar su honor, que es más que su vida, por un mísero trozo de pan. *(Como ensimismado).* Bien sábelo Dios que todas estas miserias que nos acosan las admito temeroso por la que me dió vida; por mí, no, ¡por ella...! Sí. ¡Por ella... sí! Aun zumban en mis oídos cual si quisieran estallar de dolor y cólera, las palabras que me dijo esta mañana con su voz angustiada por la constante fatiga y desfallecida por la necesidad: *(Con pena, muy poco reconcentrada.)*

«Juan, hijo mío, esto se hace irresistible; muero falta de alimento.» ¡Pobre! Decirme aquellas palabras, y verme en la calle, todo fué uno, preguntándome a mí mismo: ¿va a morirse mi madre de hambre? y un eco interior me respondía: no.

Y sin más vacilar, corrí en busca de trabajo, taller por taller, fábrica por fábrica, y conseguí lo que en días anteriores: nada; y andando sin dirección ninguna, con el pensamiento fijo en la situación de mi madre, llegué a la Prosperidad; paseaba la vista por la infinidad de hoteles, y comprendiendo que la resolución que podía tomar era la de pedir una limosna, torcí por una calle, fijé mi vista en el timbre del hotel más próximo, y echándome la boina hacia la cara y haciendo un exceso de fortaleza, puse un dedo en el botón blanco y apreté; esperé un momento, mas nadie contestaba, era la hora de la siesta: me aparto de la puerta de chapa de hierro cuyos barrotes quemaban del sol que habían recibido horas antes, y mirando a todos lados, diéronme ideas de volver a mi casa; mas recordando otra vez la penosa situación de mi madre, me acerqué y llamé de nuevo; a este segundo reclamo acudió a los pocos momentos un criado que, introduciendo una llave en la cerradura, el chirrido producido por ésta. rompió el silencio que reinaba en la calleja. Este me dijo con voz bronca: ¿«qué desea? Yo le dije: «hablar con el señor». Me hizo pasar al jardín, no sin echarme una mirada de arriba a abajo, que me produjo el mismo efecto que un pinchazo en el corazón.

Apareció en lo alto de la escalinata que conducía al interior un elegante caballero, preguntándome lo que quería; yo le referí el estado en que nos encontrábamos mi madre y yo, y él me respondió con áspero carácter: «Dios le ampare». De pronto, una señorita salió del interior, diciendo con voz dulce: «compadécete».

(Hasta el final de esta escena se deja al talento del actor.)

¡Oh, terror! Aquella voz reconocí, era mismamente la de mi hermana, que por causa de sus vergonzosos trabajos artísticos nos abandonó, cuando alcanzó alguna nombradía entre las artistas de *varietés*. Mayor fué mi seguridad, más grande mi cólera, al oir pronunciar al caballero con voz amorosa: «Por ti, todo; Pilar mía.»

¡Oh! ¡Pilar! Sí; era ella, no cabía duda, era mi hermana. De tal forma se agolpó la sangre a mi cerebro que, cuando el caballero deposi-

taba una moneda de plata en mi mano, exclamé ciego de ira, a la vez que arrojaba la moneda a sus pies: «¡Mala hija! Toma esos cuartos, aunque nuestra madre muera falta de alimentos». Ella, entonces, madre mía, bajó la vista, como queriendo comprender mis frases. Salí, presuroso, de aquel jardín lozano; una vez que me vi en la calleja, murmuré con rabia despectiva: «Tu pago llevarás, hermana, tu pago llevarás.» *(Pausa)* Y apretando cada vez más el paso sin saber donde me dirigía, sin tener valor a alzar los ojos del suelo, por el solo temor de tenerla ante mi vista. Marchaba hacia mi casa, y al pensar en la diferencia que existe entre mi madre y mi hermana, nada esperé, entré en la tahona más próxima, pedí un pan, una vez que le tuve en mis manos, apreté a correr desaforadamente, metiéndome por un laberinto de calles. ¡Oh, madre!; seguramente cambiaría de aspecto, sustituyendo a mi rostro, pálido por la cólera, el rojo carmín de la vergüenza. Diciendo para mis adentros: ¡Ya tienes pan, madre querida! Al fin, ya me encuentro aquí. Madre, ya tienes pan; no preguntes de qué manera, pero lo tienes; aliméntate con esto que te traigo; es decir, muérete de hambre, mientras tu hija Pilar desprecia ricos manjares *(Transición)* Fuera vacilaciones y entremos. ¡Oh, hermana criminal!, ¡hija maldita!, goza hoy; ¡tú misma labrarás los remordimientos, trocados en desdichas para mañana! ¡Así es el mundo!

¡Vida maldita! *(Entra precipitadamente segunda izquierda y exclama dentro:)*

ESCENA SEGUNDA

(Dentro) ¡Eh, madre! ¡Madre! ¡Mírame; si soy yo, Juan, tu hijo que te adora, mírame! Eh, ¿no respiras? ¡Dios de mi vida! ¡Muerta! ¡Muerta! ¡Madre mía! ¡Muerta, sí! ¡Oh, Dios, no es sueño, es realidad; en tu rostro inerte se ve retratada el hambre y la miseria! ¡Madre querida!

ESCENA TERCERA

(Sale a escena todo descompuesto y apretando su cabeza entre las manos.)

¿Qué es lo que pasa por mí, que una ola de sangre sube a mi cerebro cual si quisiera estallar de rabia y de dolor. ¡No!..... No puede ser; voy a cerciorarme.....

(Hace ademán de entrar en la habitación y retrocede)

¡Mas, sí! ¡Es verdad! ¡Está muerta! ¡Está muerta!.... ¡Cielo bendito!, ¿Qué poder humano podrá soportar tantas desgracias como tú me mandas? ¡Ah, mundo singular!, qué dolores produces en los fondos internos de algunas almas; no sé qué daño te he hecho yo, mundo

maldito, para que así maltrates mi existencia, lanzándome presentaciones horrorosas, muertes y malos pensamientos; si para esto he nacido, maldigo la hora, madre, que sacrificaste tu honor por darme vida.

(Se oculta el rostro entre sus manos, después vuelve la cabeza, lanza un grito de terror y queda asombrado.) (Esta situación queda encomendada al talento del actor.)

¡Ah, qué veo gran Dios, la justicia viene por mí! ¡Madre, mírala! ¡Fuera! ¡Fuera de mi casa, traidores! ¿No? Si, yo he sido; no me apuntes con ese dedo incompatible; baja esa mano, que ya me doy a prisión. ¿No digo que he sido yo quien te ha robado? ¿Te ríes? ¡Pues riamos todos! *(Estalla en risa loca y de sarcasmos.)*

Marchaos, dejadme solo. ¿Eh? ¿A la cárcel? ¿Lo estás oyendo tú, madre, y te callas? No calles, defiéndeme. ¡Echalos, échalos! ¿No los ves? ¿Por qué en vez de estar sonriente e inmóvil no los hablas y los echas? ¡Oh, fieras, atarme no! ¡A la cárcel sí, pero por algo! Ahora veréis. *(Hace ademán de acometer, de pronto se detiene y estalla en otra nueva risotada como la anterior.)* ¡No; no huir!.... ¡Cobardes, quiero vuestra sangre miserable!

¡A la cárcel por un trozo de pan! ¡Infames! *(Transición.)* ¿Qué es lo que vibra en mi cabeza con tal violencia que parece que golpean mi cráneo con un mazo? ¡Madre, escucha mi ruego! *(Vuelve otra vez la cabeza y estalla en nueva demencia.)* ¡Ah, todavía están ahí! ¿No habéis martirizado bastante? ¿No habéis sumergido bastante mi existencia con vuestros gestos, con vuestras risas, que aun pretendéis atormentarme más? ¡Pues no! No ha de ser. ¡Canallas, aun conservan mis brazos fuerzas suficientes para despedazarosuno a uno! ¡Ah, no; no os riáis, os lo suplico! ¡No os riáis, que estoy indefenso! ¡Os lo ruego! ¡Os lo ruego! ¡Madre, no lo consientas tú, ayúdame! ¿No? ¡Pues ni que estuvieras muerta! ¡Oh, muerta! ¡Madre mía!....

(Se desploma en el suelo al pronunciar la última frase y cae el telón.)

Fin del monólogo

Obras del mismo autor

«El Labriego», drama en un acto.

«Adelita», juguete cómico en un acto.

«¡Madre mía!», monólogo en un acto.

«El fin de un drama», drama en un acto (inédita).

«Clodoveo», drama en tres actos (inédita).

«Muerte dulce», drama en un acto (inédita).

«Faltan artistas», juguete en un acto (inédita).